





Autora: Susana Nérida Suárez  
Diseño de cubierta: Ruinas, Triada tattoo

Edición: Cristina Medrano  
ISBN: 978-84-128733-7-5  
Depósito legal:  
Primera edición, 2024  
[editorialcuatrohojas.com](http://editorialcuatrohojas.com) / [info@editorialcuatrohojas.com](mailto:info@editorialcuatrohojas.com)

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total ni parcial sin el permiso previo de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.



Hasta los diez añitos yo era una niña medianamente normal. Daba muchísimo la lata a la hora de comer, me costaba y me sigue costando comer por las texturas, los olores, sabores o por cualquier otra cosa. Me picaba la ropa aunque de fuera de pura seda, y aún me pasa. Me hace rozaduras y me irritan la piel, y las etiquetas se me clavan como alfileres. Rechazo a las luces intensas, sobre todo cuando estoy a oscuras, y los ruidos, sobre todo de imprevisto. La música es otro cantar; puede estar al máximo, que no molesta. Además, es habitual en mí ir con cascos por la calle y en el transporte público para no saturarme con los ruidos y conversaciones ajenas. Para eso, y para evitar que me hablen personas desconocidas, que me pasa mucho.

Antes andaba de puntillas y todo el mundo estaba obsesionado con que anduviese bien. También me contaban que tuve luxación de cadera y me pusieron unos hierros para corregirlo. Me gustaba y me gusta andar descalza. En casa siempre estoy así, y alguna vez he salido descalza a la calle. Me molestan los zapatos y las deportivas, me aprietan los pies como si estuvieran aprisionados.

Mi madre me cuenta que no gateé, que directamente tiré de mi condición de *Homo sapiens* y me puse en pie con el trágico desenlace (no podía ser de otra manera) de hacerme una buena brecha cerca del ojo. «¡Menos mal que no fue en el ojo!», repetía mi madre contando mi primera hazaña como humana erguida. Tenía una enorme descoordinación en los movimientos y además siempre he sido muy patosa, así que me tropezaba y tropiezo con cualquier cosa cuando camino.

Con solo año y medio, ya me tiraba a la piscina. Me encantaba flotar y sumergirme en el agua; casi me salen escamas como a las sirenas. Esa sensación acuática me da mucha paz.

Desde 1984, cada 18 de abril se celebra formalmente el Día Internacional de los Monumentos y Sitios, una efemérides impulsada por el Consejo Internacional de Monumentos y Sitios con la aprobación de la UNESCO en asamblea general. ¿Y este dato a que viene? Pues muy sencillo: ese mismo día fue el que decidí ser la primogénita de Domingo y Angelines, mis padres. Ya empecé el día anterior amenazando con asomar la cabeza entre las piernas de Angelines, pero quería celebrar mis cumpleaños el mismo día que los celebraba Lucrecia Borgia, y esperé hasta ese 18 de abril a las siete de la tarde en ese gran hospital madrileño de La Paz. De Lucrecia, hija del Papa Alejandro VI, hay leyendas que la acusan de todo tipo de atrocidades, entre ellas, de poseer un anillo hueco para contener venenos y verterlos convenientemente en la copa de algún infortunado. No os asustéis, que hasta la fecha solo compartimos día de nacimiento, aunque mañana ya veremos...

Mi abuela Socorro también nació un 18 de abril. Creo que le fastidié sus cumpleaños, que se quedaron en un segundo plano por mi culpa. Y así podríamos seguir, pues mi tía y mi primo también decidieron compartir este día de nacimiento.

*Todo esto se lo iba contando a Ana María, que me miró a los ojos y me hizo una seña para que siguiera, pero mi cabeza fluía a su orden y manera. Intentaba que saliera todo cronológicamente, pero a Ana María le iba a tocar montar un puzle... Y a quienes leáis todo esto, también.*

—¿Seguimos hablando de tus amigos de la infancia?

—Vale, porque me quedan los del pueblo.

cogería y me llevaría al hombro como al pobre corderito. Además, mi abuela también decía que se había llevado a más de un niño, que no me adentrarse en el monte sola.

A mis abuelos los he adorado siempre; creo que han sido una pareja muy firme y ejemplar. A mi abuelo le gustaba dedicarnos canciones en la radio con unas dedicatorias espectaculares. He perdido las cintas donde las tenía grabadas. Me hice un tatuaje en el brazo derecho para recordarlos: *Los abuelos que crían a sus nietos dejan huellas en sus almas*. También tiene las iniciales del resto de mi familia metidas en huellas de las pisadas del camino.

*Abuelo, no llores más,  
porque mira hacia el cielo,  
la abuela pronto vendrá.  
Se fue a buscar una estrella  
que le pedí pa' jugar.*

*El abuelo, Manolo Escobar*

—*Yo, como doctora que soy, recetaría a todo el mundo, sin excepción, pasar alguna noche a solas mirando las estrellas.*

—*A mí me ayuda mucho. Bueno, si es con una buena compañía que sepa guardar silencio, tampoco está nada mal.*

Volviendo a mis años de infancia, enseguida me viene a la mente un niño muy especial: Manu. Era un niño de cristal, se rompía solo con respirar fuerte. A cada golpe que se daba, por leve que fuese, acababa escayolado o al menos con puntos de sutura. Pero cuando se lesionaba, decía preocupado: «¡Ya verás cuando se entere mi madre!».

Una cosa es lo que predicán y otra lo que hacen. El maltrato físico y psicológico eran las herramientas que más usaban. Te obligaban de mala manera a que te comieras todo y, si vomitabas, te lo hacían tragar; solo con volver a recordarlo se me levanta el estómago. Los castigos, broncas y torturas me llegaron por escribir con la izquierda, aludiendo que los zurdos somos hijos del diablo. Me amenazaban con no corregir los exámenes si no desistía de mi actitud diabólica. Me torturaban en nombre del santísimo.

*—Yo también fui a un colegio de monjas y la verdad es que no tengo buenos recuerdos de esas aulas —dijo Ana María para crear un poco de complicidad.*

*—Por más que me esforzaba, me era imposible sacar buenas notas, no entendía nada. Incluso cuando iba al confesionario y decía que no había pecado, me acusaban de soberbia, así que empecé a hacer pequeños pecados para poder confesarme y que me dejaran tranquila.*

*—¿Conservas alguna amistad de entonces?*

*—Sí, Carolina. La última vez que hablé con ella hacía unos muñecos de silicona muy bonitos.*

*—En las adversidades es donde las amistades son más fuertes.*

Seguí contándole que, al poco de cumplir los diez años me llegó como una de las peores pesadillas la noticia que mis padres habían decidido vender nuestra casa. No quería dar crédito a esa pesadilla, pero al entrar en la habitación de mis padres vi que era real, la mudanza estaba ya en marcha.

*—¿Nos vamos?*

*—Sí, hija, es para estar más cerca del trabajo de tu padre.*

*—Pero... ¡a mí me gusta vivir aquí, aquí tengo a mis amigos!*

